

Biblioteca-Films

Selección **SALLY** 50 cts.



Marilyn
Miller

JOE E. BROWN
H. Gray

SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres
Calle Valencia, 234 - Apartado, 707
Centro de reparto de Suscripciones: Barbená, 16
B A R C E L O N A

SALLY

Adaptación en forma de novela de la
opereta de WALDEMAR YOUNG con
escenas de la gran revista de Florenz
Ziegfeld interpretada por los artistas

Marilyn Miller - Alexander Gray
JOE E. BROWN

Versión novelesca de E. MOLDES

.....
FIRST NATIONAL

EXCLUSIVA DE
CINEMATOGRAFICA
VERDAGUER, S. A.

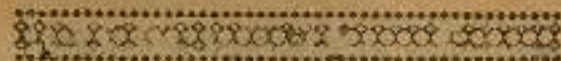
(Control Cines)

Via Layetana, 53 *Barcelona*
.....

REPARTO

Sally	MARILYN MILLER
Carlos	ALEXANDER GRAY
Gran Duque Korick	JOE E. BROWN

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA



Un restaurante de Broadway. Público heterogéneo. Camareras. Jardín. Números frívolos de cabaret.

La comida no es precisamente un banquete regio; pero se olvida la mediocridad de los manjares escuchando amables páginas musicales o contemplando los giros rápidos, los movimientos rítmicos de las "girls".

Las camareras son un ramillete de caras bonitas. Son, además, alegres y dicharacheras. Y un poquitín ambiciosas. Casi todas sueñan con "pescar" un marido millonario, o poco menos, y cuando algún amigo rico las invita a un paseo en su coche, aceptan encantadas, aunque supieran de antemano que la vuelta sería a pie.

Pero hay una entre ellas cuyas ambiciones se desvían de ese camino trillado para seguir otro más espinoso y difícil. Es Sally Green, la más bonita y la más graciosa de las camareras del restaurante. La más atolondrada



Sally Green y sus compañeras.

también. Porque su ambición la domina, la hace vivir en perpetuo ensueño, alejándola de la prosaica realidad de la vida. Y no pocas veces, llevando en alto una bandeja bien cubierta de manjares, la acomete de pronto el pensamiento tiránico, pierde la noción de las cosas terrenas y, mientras sus pies trenzan unos complicados pasos de danza, la bandeja emprende un vuelo planeado y va a aterrizar en la cabeza de algún comensal.

Porque la gran ambición de Sally Green es

el baile. Su visión de la vida es un gran salón de baile, en el que los hombres resuelven sus negocios y sus problemas a los acordes de una música cualquiera; a ella lo mismo le da que sea una antigua mazurka o un modernísimo "blackbottom".

No aspira a la riqueza, ni al lujo, ni al descanso. Aspira solamente a bailar en un escenario o en un cabaré; a embriagarse de baile, hasta caer rendida, hasta sentir ahito, repleto, satisfecho aquel deseo punzante que la tortura a todas horas.

Pero en este pícaro mundo, y más aun en una ciudad de vida febril como Nueva York, los soñadores llevan camino de romperse las narices contra la primera esquina.

La esquina de Sally era el dueño del restaurante. El hombre estaba ya "con la mosca en la oreja". Al verla extasiarse ante las "girls", ante los artistas que actuaban en la casa, había seguido sus movimientos y no había tardado en sorprenderla bailando disimuladamente por en medio del salón, cuando iba de aquí para allá sirviendo a los clientes. Había sido testigo de alguno de los accidentes motivados por esa afición desmedida a la danza. Y había visto cómo los parroquianos famélicos se desesperaban cuando Sally era la encargada de servirlos y se desarrollaba algún número musical en la sala.

Por lo tanto, lo más probable sería que un

día u otro Sally se rompiese las narices contra la esquina de carne humana y de carácter un tanto avinagrado por una persistente afición estoacal.

En el día que la presentamos, los clientes de su turno, cuando la veían pasar por entre las mesas, haciendo filigranas con los pies y equilibrios con la bandeja del servicio, vociferaban:

—Señorita, por favor, que tengo que ir a trabajar!

—¡Muchacha, hace una hora que espero mi comida!

—¡Sally, por sus difuntos, compadézcase de este pobre hambriento!

Despertaba entonces la bailarina en ciernes y se daba prisa a atender a unos y a otros, pero la precipitación aumentaba su atolondramiento.

El dueño del establecimiento se le acercó disimuladamente.

—Deje el servicio, Sally!

—Pero...

—¡Que deje el servicio le digo!

—¿Qué quiere usted que haga, entonces?

—Váyase a la cocina. Yo iré allí en seguida.

Obedeció Sally, con el alma en un hilo, y un poco después su patrón estaba frente a ella, con los brazos en jarras.

—Veamos, Sally... ¿Qué es lo que usted se propone?

—Yo...

—¡Usted me está perjudicando con sus tortas! ¡Me está usted espantando a la clientela! ¡Y esto no puede seguir, y no seguirá! ¡O cambia usted de conducta o se va a la calle!

—Le pido perdón, señor... Yo procuraré enmendarme.

—Bien; ya veremos si es verdad. Por de pronto, no vuelva ahora a la sala, a fin de que los clientes se tranquilicen. Póngase a hacer tortas... Cuando se haya renovado el público puede usted salir a servir de nuevo.

—Está bien, señor.

—¡Y que conste que ésta es la última advertencia que le hago!

Un poco mohína, se dirigió Sally a una gran cocina que había frente a una especie de enorme ventanal o escaparate, en la cual se fabricaban tortas a la vista del público.

La operación era muy sencilla. Consistía en verter sobre la plancha de la cocina un amasijo espeso que contenía cierta vasija que allí había, teniendo buen cuidado de no verter más de la cantidad necesaria para cada torta. En eso estribaba toda la ciencia: en que las tortas saliesen todas de igual tamaño.

No era aquél un trabajo que agradase a

Sally, pero cuando hay que comer para vivir, son raros los que pueden permitirse el lujo de elegir el camino más acorde con sus aficiones.

Hizo, pues, tortas de aceite, como pudiera haber hecho pasteles de ambrosia; poniendo en la confección sus cinco sentidos... y alguno más que tuviera de repuesto.

Muy absorta se hallaba en su tarea, cuando una de sus compañeras la tocó en el codo y le dijo por lo bajo:

—Levanta la cabeza y mira... pero con disimulo.

—¿A dónde?—preguntó ella, levantando, en efecto, la cabeza, pero sin sombra de disimulo.

—Ahí enfrente... en la calle... Acaba de llegar tu silencioso adorador.

Miró Sally, esta vez con disimulo perfecto, y así era: rondándole la calle, como un romántico galán de otros climas menos prosaicos, estaba el joven que, desde hacía algunos días, la hacía objeto de sus asiduidades.

Era un muchacho de aspecto agradable y correctamente vestido, que, al observar que ella le miraba, se plantó en la acera y la saludó con un sombrero que para sí quisiera D'Artagnan.

Sally vertía en aquellos momentos sobre la plancha de la cocina la cantidad de amasijo

necesaria para una torta; pero, emocionada, vertió todo el contenido de la vasija. La torta salió como para ser devorada por las mandíbulas de Pantagruel.

Y no pasó más... No pasó más en el terreno de la poesía, porque en el de la prosa volvió a pasar que el dueño del restaurante, que, un poco apartado, había presenciado la escena, se acercó a Sally y la increpó:

—Señorita, ¿se está usted burlando de mí?

—Señor... yo... ya... —apenas acertó a bullucear la muchacha.

—Esta vez es, *definitivamente*, la última amonestación. ¡Váyase a servir a la sala!

PIDA

el nuevo CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales. LOS DIEZ
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS.

Lo remite gratis:

Biblioteca Films - Apartado 707 Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en vales de correo. Remitan alcos oñ para el certificado. Franco en gratis.

II

—¿Qué, te gusta mi trabajo?

—Sí, no está mal...

—No me negarás que Brunnel, a mi lado, se viste en una tienda de ropas hechas.

El que así hablaba era el agente teatral Felipe Hooper, vanidoso y presumido como un cupletista. La persona que le escuchaba era su esposa, Rosita. Y, al parecer, el traje de su marido no la había entusiasmado en muy alto grado, por cuanto mostraba un gesto avinagrado, que no hacía mucho honor a la prenda de que tan orgulloso se sentía el gran Hooper.

Ahora que éste no se amilanaba por tan poca cosa. Tenía *correa* para eso y para mucho más. Condujo a su esposa del brazo hasta una mesita "para dos" y ambos tomaron asiento. Ella, entonces, abrió la válvula de escape a su indignación:

—¿Por qué has tardado tanto?

—No me rías, Rosita... Tú no puedes imaginarte el enorme trabajo que he tenido hoy

—Efectivamente, no puedo imaginármelo.

—Ironías no, querida... Te explicaré. Y le

asombrarás. ¿A que no sabes quién me ha telefoncado hoy?

—Si no me lo dices...

—La señora Ten Brook.

—¡Ah!

—¿No te asombras?

—No.

—¿Cómo? ¿Es posible?... ¿Entonces, ignoras que la señora Ten Brook es una gran millonaria... millonaria de muchos millones? ¿Entonces, no sabes que sus salones son los más elegantes de la alta sociedad neoyorquina, en los cuales sólo tienen entrada los aristócratas de la sangre, del dinero y de las artes?

—Ignoraba todo eso, querido... Como yo no frecuento la alta sociedad...

Sally Green se presentó en aquel instante.

—¿Qué desean los señores?

Consultó Hooper la carta, con un empaque de gran señor, y se combió un menú nada despreciable. Cuando Sally se retiraba, la llamó de nuevo.

—Se me había olvidado pedir para mi esposa...

—¡Ah, es cierto!

—Apunte: caldo...

—¡No! —terció Rosita—. ¡El caldo para tí! Quiero pollo "a la Maryland", como pediría tu señora Ten Brook.

Mientras que Sally iba apuntando los pla-

los que Rosita le pedía, Hooper, en su afán por deslumbrar a todo el mundo, continuó, aprovechando la presencia de la camarera:

—Pues sí, la señora Ten Brook... ya millonaria, ¿sabes?... me ha telefoncado... ¿Qué de extraño tiene? ¿No soy el agente teatral más famoso de Broadway?... Me ha telefoncado pidiéndome bailarinas de "primo cartel" para cierta fiesta que piensa dar en sus jardines...

Sally, entonces, sin poderse contener, olvidó su papel de camarera y, con un brillo de esperanza en los ojos, le habló a Hooper:

—¿De modo que usted... es agente teatral, empresario? ¿De modo que usted necesita bailarinas?

—Sí... ¿por qué le extraña?

—No... si no me extraña... si es que usted es mi esperanza, mi tabla de salvación...

—¿Qué dice usted, muchacha?

—No, por Dios, no crea que me he vuelto loca... Es que yo, ¿sabe usted?, yo sueño con llegar a ser una gran bailarina... algo así como la Pawlova... No le engañe; juzgue usted mismo...

Y la gentil camarera, dejando sobre la mesa los útiles de trabajo, se puso a bailar con tal perfección, sin música ni nada, que Hooper, bien impresionado, aunque sin demostrarlo, naturalmente, hubo de decirle:

—Un poquito verde... pero hay madera, hay madera...

—¿Cree usted que llegaré a ser una gran bailarina?

—No digo tanto, muchacha, no digo tanto... Por lo pronto, tiene usted que empezar por ser bailarina a secas. Después vendrán los adjetivos.

—¿Entonces... usted me ayudará?

—Ya veremos... Aquí está mi dirección. Pásele cualquier día por mi despacho.

—¡Oh, gracias, señor, gracias!

Saló corriendo la muchacha en dirección de la cocina y, no bien hubo llegado, gritó:

—¡Entremeses... espárragos... tomates "Mignon"... pollo "Maryland"... ¡De todo raciones grandes!

Y a continuación:

—¡Soy feliz, amigos, completamente feliz! ¡Basta ya de hacer equilibrios con los platos! ¡Basta ya de soportar gritos de los parroquianos y del patrón! ¡Mañana tendré un contrato de bailarina!

Cuando abandonó la cocina, llevando en la palma de la mano, por encima de su cabeza, la bandeja llena de los manjares que había pedido, estaba en el cielo. Pero el cielo está demasiado alto y las caídas desde allí suelen ser peligrosas. Al llegar a la mesa de Hoo-

per, Sally, en su alegría, olvidó la ley de gravedad y la bandeja, los platos y los manjares fueron a caer... ¡sobre el traje llamante del agente teatral!

Unos minutos después había a la puerta del restaurante el siguiente cartelito:

SE NECESITA UNA CAMARERA

III

La mansión de la señora Ten Brook, millonaria de muchos millones. Mansión, por lo tanto, suntuosa. Confort. Lujo. Todo lo que los hombres han inventado en miles de años para hacerse la vida cómoda y muelle.

En el jardín—perfumes de rosas, cantar de surtidores—, una gentil muchacha, vestida vaporosamente con galas veraniegas, charlaba, sentada en un banco de mármol, con un joven.

Era ella Marcia, la hija de la dueña de la casa. Era él Carlos Farrell, hijo también de un millonario, y —¡oh, debilidades humanas!— el silencioso adorador de Sally Green.

En su noviazgo no había intervenido el amor. Se había prescindido de él como de algo superfluo. La señora Ten Brook y el señor Farrell, viudos ambos, millonarios ambos y amigos de toda la vida, habían acordado unir a sus dos hijos con los lazos nupciales, asegurando, muy convencidos, que "habían nacido el uno para el otro". La base de su convencimiento era el ver que los chicos, amigos asimismo de la infancia, se trataban con amabilidad y camaradería. Y aquello, que era simplemente amistad, ellos lo confundían con el amor.

Disculpable. Habían pasado tantos años desde que ellos habían amado...

Ahora, en el jardín, Marcia tenía la palabra:

—Ya sabrás que mamá quiere dar esa fiesta con el propósito de anunciar en ella nuestros esponsales...

—Lo sospechaba.

—No parece alegrarte mucho la noticia.

—¡Sí! ¡Ya lo creo! ¿No se me nota?

—Yo, al menos no. Tal vez la alegría sea interior.

—Tal vez.

—Hablemos francamente, Carlos, como lo que somos... como buenos amigos... Tú estás interesado por otra muchacha.

—¿Yo?

—No lo niegues. Si hasta me lo han dicho.



Sally y Carlos.

—¡Bah! ¿Quién hace caso de chismes?

—¿Quién es esa muchacha, Carlos?

—Pero si yo...

—¿Quién es?

—Pues si quieres que te diga la verdad, no lo sé... La he visto solamente tras la ventana de un restaurante.

—¿Una muchacha de sociedad? ¿Una aventurera?...

—Menos y más.

—¿Qué quieres decir?

—Menos que la primera y más que la segunda.

—Si no te explicas...

—Es... una camarera.

—¿Una camarera?... ¿Piensas acaso casarte con ella?

—Quizá... Con la escasez que hay de criadas...

Hablaban frívolamente. Pero ninguno de los dos sentía lo que decía. En realidad, Marcia estaba en el fondo un poco despechada; por amor propio, eso sí; pero es que, a veces, los disgustillos del amor propio se parecen mucho a los del amor. No hay mucha diferencia entre una mujer despechada y una mujer celosa.

Por su parte, Carlos estaba mucho más interesado por la camarerita que lo que aparentaba.

IV

Nos hallamos en el restaurante donde a la sazón trabaja Sally Green. Bastante más inferior que el que ha abandonado. Pero más pintoresco. Empieza por ser pintoresco el mismo dueño, el gran Shendorf, un emigrado ruso, que en los tiempos de los zares fué soldado, asistente, ayuda de cámara y mil otros oficios en que no había hecho otra cosa que servir a los demás.

Por eso, ahora, que podía permitirse el lujo de tener una servidumbre a sus órdenes aunque no destinada precisamente a servirle a él, exigía y mandaba como un general en jefe.

Sólo que sus voces y sus desplantes no asustaban a nadie. Era tan pintoresco, que cuanto más indignado se le veía, más excitaba la hilaridad.

En punto a pintoresquismo, solamente otro personaje le llevaba ventaja: el Gran Duque Konick, que ejercía en el restaurante el cargo humilde de camarero. Un emigrado ruso

también, pero, al revés de Shendorf, él, habituado a mandar, veíase obligado a obedecer. Aunque, a decir verdad, el hombre se lo tomaba por el lado tranquilo. Shendorf, ahora su jefe, había servido como criado en su casa y el Gran Duque aprovechaba esta circunstancia para hacerse respetar cuando su patrón olvidaba la profunda distancia que los separaba.

Cuando le presentamos, acababa de llegar al restaurante, pues era la hora de su servicio. Venía un poco retrasado, y el local estaba casi lleno de gente y las bailarinas evolucionaban en el jardín, precisamente el espacio comprendido entre la puerta de entrada y el salón.

El Gran Duque Konick, enfundado en un largo abrigo que ocultaba su uniforme camarero, y ostentando una magnífica chistera y un impertinente monóculo, atravesó por entre las bailarinas con la misma arrogancia que si penetrase en un salón de la aristocracia petersburguesa.

Shendorf estaba sobre ascuas. Y cuando su subordinado pasó ante él, concediéndole la dádiva de una sonrisa, ya no pudo contenerse; olvidó barreras, distancias, abismos, y le reprochó:

—¡Otra vez tarde, Konick!

—¿Tarde? ¡No, vive Dios! ¿A quince mi-

nutos después de la hora de entrada le llama usted tarde?

—Bien; supongamos que tiene usted razón... Pero hay más aún... ¿Cómo he de decirle que cuando entre pase por la cocina y no por el jardín! ¡Y menos con el sombrero puesto!

—¡Shendorf!... usted olvida... —le interrumpió Konick con dignidad.

Shendorf se turbó. Se turbaba siempre que su antiguo señor le recordaba con un gesto o con una palabra la enorme diferencia que entre ambos existía. Entonces, aunque no fuese más que por unos instantes, Shendorf dejaba de ser un dueño de restaurante para ser solamente un lacayo; el lacayo que había sido antes de su encumbramiento.

Apenas pudo balbucir, llevándose militarmente la mano a la sien:

—Perdón, Alteza.

—¿Alteza, no! Debe olvidar que un día fué un Gran Duque el camarero de un restaurante de tercera clase!

—¿Cómo! ¿De tercera clase?

—No se enfurezca, amigo Shendorf... no he querido decir eso.

—¡Ah, vamos! ¡Ya decía yo!

—He querido decir... ¡de cuarta clase!

Y el Gran Duque Konick, sin hacer caso de los aspavientos de Shendorf, procedió, con parsimonia, a despojarse del gabán, de la

chistera y del monóculo, quedando en hábito de modesto camarero. Ya así, volvió a acercarse a su jefe y le preguntó:

—Oiga, Shendorf, ¿ve usted en mí al Gran Duque?

—Siempre, señor.

—¿Sería usted capaz de hacerme un favor?

—¿No le serviré siempre lealmente? ¿No le auxilié cuando usted lo necesitó? ¡Acuérdese de la Nuskeroval!

—No me recuerde cosas tristes, Shendorf.

—Cuando usted derrochó con esa ballarina el tesoro del Gran Ducado y se vió obligado a huir, ¿quién le ofreció refugio y un hogar?

—¡Usted, señor! No lo olvido ni lo olvidaré!... Pero ahora se trata de un favor bastante más insignificante.

—¿Qué es?

—Que me conceda usted libertad por todo el jueves.

—¡Hombre, Konick! ¡Ahora no es el Gran Duque el que habla, sino el camarero!

—¿Qué más da!

—Ya lo creo que da! Al Gran Duque no puedo negarle nada; a mi subordinado, sí.

—Huela usted esto—replicó Konick, extrayendo del bolsillo un sobre pergaminado y acercándose a las narices de su patrón—; una invitación de la señora Ted Brook para su fiesta del jueves.

—¿La multimillonaria?

—Exactamente.

—Y viene enviada por el Consulado—exclamó Shendorf mirando el sobre.

—Así es. Jamás doy a mis distinguidas amistades mi verdadera dirección. ¡No sería yo muy bien recibido en los grandes salones si supieran que era un camarero! Conque... ¿tengo permiso para el jueves?

—Ya hablaremos de eso, Konick, ya hablaremos de eso.

V

Shendorf se restregaba las manos con satisfacción. La gran sala del restaurante se iba llenando de público... y de público selecto y distinguido. ¡Y aun se permitía decir Konick que era aquél un restaurante de cuarta clase! ¡Envidia y nada más que envidia!

De pronto, el ilustre Shendorf abandonó su actitud de espectador satisfecho y corrió hacia la puerta de la sala. Acababa de ver allí a Carlos Farrell, el adorador de Sally.

Se inclinó ante él, curvando el espínazo como un perfecto "maitre d'hotel".

—¿Cuánto honor, señor Farrell! ¿En qué puedo servirle?

—Deseo una mesa para doce cubiertos, pero no en la sala; en un sitio donde podamos cantar y alborotar si así se nos antoja.

Se quedó Shendorf un instante pensativo y, al fin, dijo:

—Venga usted; me parece que tengo lo que le conviene.

Le llevó a un amplio reservado cubierto de carecadera, hasta el cual llegaban apagados los ruidos del salón.

—Aquí estarán ustedes a sus anchas... Pero, ¿no le parecerá esta mesa a su prometida demasiado alejada del espacio destinado al baile?

Hoy pienso comer con amigos solamente, Shendorf... ¡Aun soy soltero!

—Muy bien. Retiro entonces lo dicho.

—Haga usted que preparen la mesa cuanto antes. Mis amigos llegarán de un momento a otro.

—Ahora mismo, señor Farrell. Voy a dar las órdenes oportunas.

Se retiró haciendo reverencias y, un momento después, una muchacha entraba en el reservado, trayendo el mantel y los cubiertos. Carlos Farrell se volvió hacia ella y lanzó una exclamación. La muchacha, a su vez, ahogó un grito al verle.

Era Sally.

—¿Usted aquí! —le dijo Carlos—. Llevo recorridos lo menos diez restaurantes con la esperanza de encontrarla.

—¿De veras?

—De veras. Me interesa usted mucho más de lo que usted se figura.

Ruborizada, la muchacha no contestó y se puso a extender el mantel sobre la mesa. Farrell acudió súbito a ayudarla.

—Pero si lo estamos poniendo del revés! —dijo Sally riendo.

—¿Es verdad! Y es que en viéndola a usted pierdo los estribos.

—Creo que se está usted burlando de mí.

—¿De ningún modo!... ¿Cómo se llama usted?

—Sally.

—Sally, ¿qué?

—Sally Green.

—¡Sally Green es el nombre más bonito que he oído en mi vida!

—Lo dicho: se burla usted.

—Sally, no sé si sabrá usted que me interesa usted muchísimo.

—Me lo ha dicho usted hace un instante.

—Pues no son palabras vanas. Es la verdad. Tanto me interesa usted, que es hoy deseando conocerla a fondo, porque me dice el corazón que vamos a ser muy buenos amigos... Cuénteme su vida.



— ¡Pobre Sally!

— Mi vida tiene tan poco que contar... y ese poco tan desagradable...

— De todos modos, quisiera saberlo. Siempre que a usted no le moleste, naturalmente...

— Fui educada en un asilo de huérfanos... Después, cuando salí de allí... he fregado platos...

— ¡Pobre Sally!

— No vale la pena compadecerme, señor.

— La vida ha sido cruel para con usted, Sally.

— Sí, lo ha sido.

— Y, si no me equivoco, aun sigue usted luchando... por conseguir algo...

— Así es.

— ¿Qué es lo que ambiciona, Sally?

— Mi sueño dorado ha sido siempre llegar a ser una gran bailarina... Ya en el asilo de huérfanos ensayaba los primeros pasos... Había allí una profesora de baile, que, al ver mi afición, me había tomado cariño... Su método era rutinario y anticuado... pero yo estudiaba por mi cuenta, con fe, con entusiasmo, venciendo dificultades... segura de que algún día se realizaría mi sueño...

— Y se realizará.

— A veces desespero... pero, a decir verdad, es unos momentos nada más... Si así no fuese, no sé qué sería de mí... Querría mejor morir de hambre que volver a ser una camarera... ¡Y aquí aun soy mejor que una camarera!

Lloraba la muchacha, y Farrell, conmovido sinceramente, se prometió a sí mismo que ayudaría a Sally a realizar su sueño. Precisamente, la ocasión estaba al alcance de su mano. Shendorf acudía en aquellos momentos a comprobar si sus órdenes habían sido cumplidas al pie de la letra, y en tanto que Sally se retiraba presurosa, Carlos Farrell se encará con el gran hombre.

— Un momento, Shendorf... ¿Sabe usted

que ha notado que su espectáculo resulta un poco deficiente?

—¿Qué me dice, señor! ¿Ha visto usted cuántas artistas actúan? ¡Cuarenta!... ¡Cuarenta, señor, cuarenta! ¿Qué otro propietario de restaurante de mi categoría puede decir lo mismo?

—Cálmese, Shendorf, cálmese... No se trata de eso. Lo que quiero decirle a usted, en su propio interés, es que no hay en su programa ningún número de fuerza...

—Sí, cuarenta son muchas... Y ahí está el defecto, precisamente, en que son muchas. El

Pero las cuarenta "girls"... público está un poco cansado de "girls"... A dondequiera que vaya, "girls" siempre... en el restaurante, en el cabaret, en el "music-hall"... Conjuntos muy bonitos, muy visuales, pero que para que no resulten monótonos exigen el contraste de una figura suelta... una buena cancionista o bailarina... y, a ser posible, ambas cosas a la vez...

—Píde usted casi un mirlo blanco.

—No lo crea... Pido lo que usted puede adquirir sin el menor esfuerzo.

—¿Qué quiere usted decirme?

—Que aquí mismo, entre sus camareras, tiene usted una artista que reúne esas condiciones.

—¿Quién es?

—Sally.

—¡Señor Farrell, por Dios, yo creo que usted ve visiones... y perdóneme el atrevimiento!

—Sally es una gran artista. No hace falta más que lanzarla y usted puede alcanzar esa gloria... y también ese beneficio. Porque Sally será pronto popular, y otros empresarios pretenderán quitársela en cuanto la vean... pero usted, con un buen contrato... ¿me entiende?

—Sí, sí... Y quizá tenga usted razón. Yo no me había fijado hasta ahora, pero Sally es bonita, tiene mucha simpatía...

—Y sí, además, es artista...

—¡Negocio redondo!... Nada, nada, señor Farrell... la lanzaré; por usted.

Unos momentos después, Sally brincaba de alegría al escuchar de labios de Carlos la gran noticia de que al día siguiente debutaría en el restaurante.

VI

—¡Estoy loca de contenta, Konick! ¡Nunca he sido tan feliz como hoy!

—Pues, ¿y eso? ¿Qué ocurre?

—¡Figúrese usted que mañana bailaré aquí! Dejó Sally la escoba y se puso a bailar.

Eran las tres de la mañana. El salón, lleno de ruidos antes, estaba ahora silencioso y oscuro como un cementerio. Los dos empleados más modestos de la casa, Sally y el Gran Duque —el de más brillante pasado y la de más luminoso porvenir—, recogían sillas, limpiaban mesas y barriaban el piso.

Cuéntame, pequeña, cuéntame —dijo Konick, sentándose en una silla—. ¿Cómo ha sido eso?

—Le debo esta ocasión a Carlos Farrell, el hombre más guapo del mundo.

—Se parecerá a mí...

—Hombre, Konick!

No te asustas, pequeña... Nos parecemos únicamente en el "más": él es el más guapo, y yo, el más feo.

—Usted, siempre bromeando... Pues sí; él le habló a Shendorf por mí y estoy admitida.

—¿Y estás segura de que quedarás bien?

—Hombre, segura, lo que se dice segura... Míreme usted y juzgará.

Y la muchacha se puso a bailar. Tenía arte, elegancia y una gran agilidad. El distanciamiento del "jazz" tenía en ella su mejor intérprete. Konick se quedó asombrado. Estaba, no ante una debutante, sino ante una artista consumada.

—¡Bravo, muchacha! ¡Yo te aseguro que muy pronto se hablará de ti!

—¿Le he gustado?



...logran a sentarse a la sombra de un árbol en ti.

—Repito mañana lo que acabas de hacer y tienes el éxito asegurado.

Y con un tinte de melancolía en la voz, añadió:

—La vida es fácil para ti, Sally... Tienes juventud, hermosura, y el talento del baile...

—¿Qué adulator está el tiempo?

—Yo, en cambio —prosiguió Konick como si no la hubiese oído—, desgraciadamente, no sirvo para nada... Ya lo ves: por no tener, ni siquiera tengo patria...

Al día siguiente, en las primeras horas de

la tarde—la hora de permiso de Sally—Carlos estaba con su coche pequeño a la puerta del restaurante de Shendorf.

No tardó en presentarse la futura bailarina, y, Farrell, saliéndole al encuentro, le dijo:

—Venía a invitarla a usted a dar un paseo.

—Pero no olvide que a las seis tengo que estar de vuelta.

—Ya lo sé. ¡Hoy es el gran día!

—Grande o pequeño... ¡quién sabe! Pero, de todos modos, inolvidable.

Subieron al auto. Dejaron atrás las calles rectas de la ciudad. Siguió la línea ondulante de una carretera. Se internaron en el campo.

Reía la primavera, en un anticipo del verano. El coche se detuvo. Sus ocupantes descendieron y fueron a sentarse a la sombra de un árbol en flor.

Carlos, que durante el trayecto había estado dicharadero e ingenioso, parecía ahora preocupado, como si un pensamiento negro le torturara. Lo notó Sally, y le preguntó:

—¿Por qué tan callado, Carlos?

—Por nada, Sally. Nubecillas de verano, que se han desvanecido al conjuro de su voz.

—¿Le pesa el haberme comprometido a bailar?

—¡No digo eso! Su éxito me parecerá un éxito mío.

—Entonces, ¿por qué esa cara?

Carlos se levantó y se acercó más a ella.

—Quisiera hacerle una pregunta, Sally...

—Diga usted.

—¿Se acordará usted de mí cuando tenga nombre y fama?

—¡Qué pregunta! Naturalmente que me acordaré... y si eso llegase algún día, pensaría siempre que se lo debía a usted...

—Sally... es usted encantadora...

—¿Le parece que nos volvamos?

—Sally... necesito decirle que la amo... que no puedo vivir sin usted... que el mundo no tiene atractivo para mí lejos de su lado...

La abrazó. La besó dulcemente, suavemente. Y ella puso en aquel primer beso recibiendo en su vida un comentario apasionado.

—¡Como un sueño!

VII

En las últimas horas de aquella tarde, mientras que Sally esperaba ansiosamente el instante de su debut, en la mansión de la señora Ten Brook, la millonaria, bella aun a pesar de la nieve que cubría su cabeza, abela su correspondencia. Repentinamente lanzó una exclamación.

Marcia, que estaba a su lado, le preguntó:

—¿Qué sucede, mamá?

—¡Mira!—respondió la dama, mostrándole una carta que acababa de abrir—, ¡mira cuánto honor! ¡El Gran Duque Konick se digna asistir a nuestra fiesta!

—¡Oh, mamá! ¡Un Gran Duque! ¡Muy decorativo!

—Y un Gran Duque como él, que conserva su rango y su fortuna y no anda, como tantos otros nobles rusos, desempeñando en la ciudad los oficios más viles.

—Mamá, hablas de él con mucho entusiasmo... ¿Acaso será un día mi padrastro?

—No, hija, tranquilízate... Para mí ya ha

pasado la edad del amor. Ahora me contento con verte amar a ti.

—Si te refieres a Carlos...

—¡Naturalmente! ¿A quién quieres que me refiera?

—Es que me parece, mamá, que en nuestro noviazgo la palabra "amor" no tiene ningún significativo.

—¡No hables así, Marcia! Te complace extraordinariamente interpretar el papel de víctima.

—No digo tanto... Después de todo, si él no ve en mí la mujer soñada, yo tampoco veo en él al marido ideal. Nos casaremos, ¿por qué no?, y seremos un matrimonio de tantos. Habrá entre nosotros una leal amistad, que la gente quizá tome por verdadero amor. ¿A qué pedir más?

—No me gusta oírte hablar así, Marcia.

—¿No tengo razón? Mira; ahora mismo, si fuese un novio... como suelen ser la mayoría de los novios, estaría aquí, a mi lado, en vez de andar divirtiéndose por ahí.

—Ya sabes que dijo que vendría a comer.

—Sí. Llegará en el momento de servir la sopa, y se marchará un segundo después de beber el último sorbo de café.

En aquel instante se presentó el mayordomo, y, doblándose en una profunda reverencia ante la señora Ten Brook, dijo:

—Si las señoras me permiten...

—¿Qué hay, Tomás?

—El señorito Carlos ha telefoneado que no puede venir a comer.

—Está bien, Tomás.

Cuando el criado se hubo retirado, Marcia se volvió a su madre con aire triunfal.

—¿Lo ves, mamá? ¿Qué te decía yo?

—No sé qué pensar, hija... Quizá, quizá tengas razón.

A aquella hora empezaba la animación en el "restaurant" de Shendorf. El salón se iba llenando, y el antiguo sirviente de San Petersburgo recorría de un extremo a otro el escenario de su actividad, dando órdenes a sus subordinados, poniendo objeciones al servicio, y recibiendo a los clientes con sus sonrisas más amables y sus reverencias más verallescas. En estos momentos el ilustre Shendorf se sentía completamente feliz, y, sobre todo, orgulloso de sí mismo. Al verse así obediendo por una legión de sirvientes, reclamado por grandes personajes del mundo de la banca y de los negocios, se creía en su interior hasta alcanzar la talla de un Julio César o de un Napoleón.

El salón se llenó por completo.

Retirada de él, en las cercanías de la cocina, Sally secaba platos y cubiertos mientras esperaba el momento de actuar. Estaba terriblemente nerviosa. Lo menos una docena de platos había sucumbido a sus manos. Pero ¿qué importaba ni siquiera una vajilla completa si triunfaba?

¿Y si fracasaba?... ¡Bah!, en ese caso, todo ya le sería igual. La tristeza de su vida no se aumentaría por unos cuantos platos rotos.

Konick vino a avisarla:

—Vamos, pequeña, déjalo todo... Ahora vas a salir tú.

—¡Ay, Konick, yo estoy muy nerviosa! ¡Presiento una catástrofe!

—No temas nada, muchacha. ¡Animo! Yo sé que gustarás.

—¿Y si me tiran algo a la cabeza?

—Serán flores. Anda, anda... Pensaré en ti para que quedes bien.

Mientras que Sally, más muerta que viva, se dirigía a la gran habitación donde se vestían las "girls", Shendorf se presentó ante el Gran Duque, que, apoyado contra una mesa, sonreía feliz, y le preguntó:

- ¿Y Sally?
- Acabo de mandarla a vestirse.
- ¿Mandarla?
- Eso he dicho.
- ¿Desde cuándo da usted órdenes aquí?
- ¿Un Gran Duque, aunque esté caído, no puede alguna vez permitirse el lujo de recordar sus buenos tiempos?
- Pe-perdón, Alteza...
- ¡Le he dicho a usted que no me llame Alteza!
- Pero... Alteza... no pierda el tiempo aquí; la sala está llena de gente; los clientes están esperando.
- ¡Que espere!
- ¡Cómo!
- No los serviré, a menos que me deje usted salir el jueves.
- ¡Pero esto es una coacción!
- Llámclo usted como quiera... ¿Tendré libre el jueves, sí o no?
- Pero...
- ¿Sí o no?
- ¡Sí, hombre, sí! ¡Lo que usted quiera!
- ¡Pero salga a servir inmediatamente!

El Gran Duque Konick requirió el trapo y la bandeja y se dirigió al salón. No descendía. Conservaba su empaque de gran señor, y si servía a los clientes, lo hacía con la misma elegancia y la misma dignidad que cuando servía el té a las damas en su palacio de San Petersburgo.

COLECCIÓN DE CUENTOS REGIONALES

Cuenticos baturros

Cuentos valencianos

Cuentos andaluces

Cuentos asturianos

25 céntimos el libro

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídales por correo, remitiendo su importe en sellos de correo, y élase el certificado para el certificado.

VIII

Una pareja acababa de entrar en el salón. Eran el agente teatral Hooper y Rosita, su esposa. Hooper traía un traje nuevo y llamativo, del que se sentía tan orgulloso como del que Sally le deteriorara en el otro "restaurant".

Pronto advirtieron que en el salón no había una sola mesa disponible para ellos, y pasaron a uno de los reservados del jardín, guiados por Shendorf. Cuando éste los dejó instalados, se inclinó, y dijo:

—Sólo un momento, señor Hooper... Voy a avisar a un camarero.

Al quedarse solos, Rosita, que, por no variar, mostraba el mismo gesto avinagrado de siempre, le preguntó a su marido:

—¿Puedo saber por qué otra vez vienes tarde?

—¡Ya tenemos el estribillo de siempre!

—¡Y lo que tendrás que oírlo todavía! ¿Crees, que voy a pasarme la vida esperan-

do horas y horas a la puerta de los "restaurants"?

—Baja el diapasón, Rosita. Te aseguro que si no he venido antes, es porque he tenido mucho trabajo.

—¡La eterna excusa!

—He ido a la estación a buscar los baúles de la Noskerova.

—¿Viene, al fin?

—Llegaré en el expreso de las nueve, y ballará mañana en la fiesta de la señora Ten Brook.

Se les acercó el Gran Duque Konick en el momento que Hooper, después de mirar a los lados por si había "moros en la costa", extrajo del bolsillo trasero de su pantalón un depósito de "matarratas".

—Me acompaña mi camarada el "whisky".

—Entonces traeré tres vasos—dijo Konick.

—¿A usted quién le ha preguntado?

—Yo hablo siempre antes de que me pregunten. Hay que ponerse a tono con la rapidez de los tiempos.

—¡Traiga usted sólo dos vasos!

—¿Entonces, usted no va a beber?

—¡Camarero! ¡No se permita bromas conmigo y límitese a cumplir su obligación!

—Tome nota, camarero—terció Rosita—: caviar... pollo "Maryland"... helado de chocolate con salsa de fresas...

Hooper se llevó las manos a la cabeza.

Después, con mucho disimulo, se puso a contar los poquitos billetes que llevaba en el bolsillo. Por último, se levantó, cogió del brazo a Konick y se lo llevó aparte.

—Oigame, camarero... las mujeres son muy comprometedoras, ¿sabe?

—Sí; algo sé de eso.

—Sucede que... no quisiera gastar más que diez dólares. ¿Qué me recomienda usted?

—Otro "restaurant".

Shendorf se presentó de improviso, y, después de lanzar a Konick una mirada fulminante, se dirigió a Hooper.

—Le llaman por teléfono, señor Hooper.

Y al ver que Rosita fruncía el entrecejo, añadió: discreto:

—No es voz de mujer.

Salió Hooper del reservado, y regresó a poco, con el rostro malhumorado.

—¡Un conflicto! ¡La Noskerova no puede venir!

—¡Diablo! ¡Eso es grave!

—¡Y yo dije que contasen con ella para la fiesta! ¿Qué voy a hacer ahora?

En aquel momento, Sally, vestida ya para actuar, se acercó a la puertecilla que daba acceso al escenario improvisado. Shendorf se le acercó.

—¿Quieres algo, Sally?

—No, señor... ¿Ha venido el señor Farrell?

—No; aún no. Pero creo que no tardará.



—La señora Sally y Grant, camaronero y bailarín.

Como respondiendo a la evocación de su nombre, se presentó en tal instante Carlos Farrell, y, no encontrando mesa desocupada, fué a sentarse en una en la que ya se hallaba una dama.

Sally, sonriente y tranquila ahora, se volvió a Shendorf:

—Ya puede usted anunciarme cuando quiera.

Shendorf se adelantó y levantó la mano, reclamando silencio.

Respetable público. Esta Dirección, atenta siempre a amenizar del mejor modo posible las comidas de sus dignos clientes, tiene el honor de anunciar a ustedes que ha encontrado un número extra, el cual va a presentarse en este mismo instante...

Hizo seña a Sally de que adelantase, y, señalándola con la mano, añadió:

—La señorita Sally Green, cancionista y bailarina.

Un aplauso de cortesía acogió a la muchacha, y Sally, alentada por tal muestra de simpatía, se puso a cantar, al principio con una voz un poco temblorosa; después, más segu-

ra, a medida que iba recobrando su aplomo.

Los aplausos de cortesía se transformaron bien pronto en aplausos de entusiasmo. Sally cantaba y bailaba como una artista consumada, con un arte exquisito, que no tardaría—según los comentarios del público—en llevarla triunfante a los escenarios de Broadway. Era una verdadera revelación, y los concurrentes saboreaban, como un manjar delicioso e inesperado, aquel número extra, llegado al escenario con tan menguadas pretensiones.

Naturalmente, al ojo clínico de Hooper no pasó desapercibido el talento de la muchacha. Se quedó pensativo, y volviéndose a su esposa, le dijo:

—Yo he visto a esa chica en alguna parte...

—Sí. A mí tampoco me es desconocida esa cara.

De pronto, Rosita se dió una palmada en la frente.

—¡Va sé quién es!

—¿Quién?

—Es la chica que te echó la comida encima del traje.

—¡Ah, sí, es verdad! Aquella camarera que

quería bailar en la fiesta de los Ten Brook.

—Exactamente.

—¡Esto me sugiere una idea!

—Siendo tuya, será una idea catastrófica.

—Gracias. Pero, catastrófica o no, la llevaré a la práctica...

—¿Qué piensas hacer?

—Nadie conoce aquí a la Noskerova; no ha venido aún a Nueva York, pues acaba de llegar de Europa... Presentaré a esa muchacha como si fuese la Noskerova en persona. Y así yo quedo bien... y me embolsaré la comisión, que no será pequeña.

—No está mal. Por primera vez en tu vida has demostrado que tienes algo debajo del fijapelo.

Sally había terminado su número. Aun resonaban en la sala los aplausos del público, cuando Carlos Farrell se levantó y se encaminó a la puerta, al mismo tiempo que el Gran Duque entraba en el salón. Carlos le detuvo.

—Konick, tengo que marcharme ahora... un asunto urgente... Dígale usted que ha estado superior...

—Pero...

—¿Que ha estado sorprendente, maravillosa!...

Y Farrell desapareció, dejando al buen Konick sin haberse enterado de lo que le quería decir.

No recordaba en aquel momento el Gran Duque el triunfo de Sally ni las relaciones de la muchacha con Farrell. Solamente recordó que el millonario había estado sentado con una dama durante el espectáculo, y a esa dama se dirigió, sin pensarlo más. Cuando estuvo junto a ella, le dijo:

—El caballero que estaba sentado aquí dice que ha estado usted superior.

—¿Yo... superior?

—Y, además, sorprendente y maravillosa.

—¡Camarero!, ¿ha bebido usted?

—¡Señora!

Mientras tanto, Sally, que había visto partir a Carlos, y que no había recibido de él ni siquiera un recado, "por cumplir", se encerró en el camerino, con más ganas de llorar que de saborear su triunfo.

Shendorf se presentó.

—¿Qué es eso, muchacha? ¿Tan triste después del éxito que acabas de obtener?

—No se trata de eso, señor Shendorf...

—¡Vamos, alegra esa cara! Te doblaré el sueldo.

—Pero sí...

—Te lo triplicaré. ¡Y desde hoy eres la estrella de la casa!

Sally se echó a llorar. Y Shendorf pensó que las mujeres eran algo absolutamente incomprensible.

IX

A la noche siguiente, en el camerino de las "girls" del "restaurant" de Shendorf. Este, muy descompuesto, acababa de entrar, sin cuidarse de la ligereza de ropa de las ocupantes, y preguntaba con tono destemplado:

—¿Dónde está Sally? ¿Es que no sabe que le toca salir ahora?

—¡Echele usted un galgo!—respondió irónicamente una de las "girls".

—¿Qué quieres decir?

—Que Sally no está aquí... Se la ha llevado Hooper, el agente teatral.

—¿Que se la ha llevado?

—Sí... según deduzco por palabras sueltas cogidas al vuelo, su *estrella* va a actuar esta noche en la fiesta de la señora Ten Brook.

—¿Pero tú sabes lo que estás diciendo, muchacha?

—¡Claro que lo sé! ¡Por eso lo digo!

—¡Oh, si eso es verdad!...

—¿Qué va usted a hacer, Shendorf?

—¡Por de pronto, avisar a la policía, que defenderá mis derechos! ¡La señora Ten Brook tendrá en su fiesta un número fuera de programa!

A aquella hora empezaba a animarse la fiesta que la señora Ten Brook daba en los jardines de su mansión. Sólo la "High Life", en su más pura acepción, tenía acceso a aquellas fiestas de la millonaria, de las que se hablaba en Nueva York durante toda una temporada. A ellas asistían los grandes banqueros, los grandes industriales, los grandes artistas... y también los grandes aventureros que, amparados por un nombre más o menos ilustre, pululaban por los salones neoyorquinos en busca de una buena dote, o, simplemente, de un collar de perlas o diamantes.

Todo era grande en las fiestas de la señora Ten Brook. Por lo tanto, excusado es decir que el lugar donde la fiesta debía desarrollarse ofrecía un aspecto fantástico, con

sus lucecitas multicolores ocultas entre el follaje de los árboles y de los parterres; con sus suelos brillantes, donde todo se reflejaba como en un claro espejo; con sus enormes lámparas que repartían la luz con una profusión casi solar.

Se hallaba la fiesta en todo su apogeo, cuando una de los invitados llegó corriendo hasta la señora Ten Brook, que en el centro del jardín recibía con su hija los homenajes de los concurrentes, y le dijo entusiasmado:

—¡Acaba de llegar una dama encantadora!

—Pero, ¿quién es?

—No lo sé. Sólo sé que es bellísima, que viene envuelta en un abrigo de chinchillas auténticas, y acompañada de una verdadera corte de admiradores.

—Será la Noskerova?

Precedida de Hooper y rodeada de un nutrido grupo de "jóvenes de todas las edades", cubierta de joyas y chinchillas, risueña y coqueta, Sally, en su papel de la Noskerova, descendía la gran escalinata que desde la casa conducía al jardín.

La señora Ten Brook le salió al encuentro, y Hooper se apresuró a hacer las presentaciones.

—¡Soberbio jardín—exclamó Sally, sin poder contenerse; pero inmediatamente, recordando su papel, añadió—: ¡Es casi idéntico al de mi amigo el príncipe de Siam.

—Creo conocer a esta señora—dijo uno de los invitados, que sin duda había estado en alguno de los "restaurants" donde Sally había servido.

—No tiene nada de particular—se apresuró a replicar Hooper—; su retrato está en todas partes... ya saben ustedes, por lo del famoso desafío...

—¡Ah, sí!—dijo la Ten Brook—. ¿Lo recuerda usted todavía?

—¿Yo?

—Se batieron por usted, verdad... porque los dos la querían?

—Sí... creo que sí...

—Y murieron los dos contrincantes, ¿no?

—Los dos, ¡Completamente cadáveres!

—¡Oh!

—En realidad, queridos señores, estas cosas carecen de importancia.

Y Sally, rodeada de su corte de admiradores, se alejó por el jardín, a tiempo que un criado anunciaba desde lo alto de la escalera:

—¡El Gran Duque Komick!

Tocó la orquesta el antiguo himno ruso, y a sus acordes, el Gran Duque descendió la escalinata, magnífico en su uniforme de gala de capitán de la Guardia... que despedía un fuerte olor a naftalina.

Reverencias, saludos, cortesías... El Gran Duque tomó la palabra:

—Desde hace días esperaba con ansia esta noche... la noche del jueves. Temí no poder asistir a esta fiesta esplendorosa... Mi primer ministro no me soltaba; el hombre tenía que darme órdenes... digo... recibirlas...

La señora Ten Brook, a cuyos oídos había llegado el rumor de las relaciones accidentadas que un tiempo sostuvieron el Gran Duque y la bailarina rusa, se le acercó con aire de misterio.

—¿Sabe usted quién está aquí, Alteza?

—Si usted no me lo dice...

—La Noskerova... esa bailarina compatriota suya...

—¿La Noskerova?... ¿Aquí?

—¿La conoce usted, Alteza?

—Desgraciadamente, señora... Durante la revolución se fugó con el tesoro de nuestra casa... y con un teniente de la Guardia.



—Dada nuestra antigua amistad...

—¿Entonces, le será a usted violento encontrarla?

—No, ¿por qué? Aquello ya pasó, y olvidado está.

—Pues aquí la tiene usted...

En efecto, Sally, bien ajena de encontrar allí a Konick, y mucho menos con aquellos arreos de príncipe de opereta, avanzaba y se quedaba de pronto paralizada al reconocer a su compañero "de cadena".

Parecido efecto produjo en el Gran Duque la presencia de Sally. Pero reaccionó, y adelantando hacia ella, la saludó, como si fuese efectivamente la Noskerova. Después, volviéndose a los presentes, dijo:

—Dada nuestra antigua amistad, la señora y yo tenemos mucho que hablar. Si ustedes nos permiten...

Ofreció el brazo a Sally, y avanzó con ella hacia un rincón desierto del jardín.

La anterior escena había sido sorprendente por unos ojos interesados: los de Carlos Farrell, que acababa de llegar a la fiesta y que no acertaba a explicarse por qué Sally estaba allí, tan elegantemente vestida, y por qué el camarero Konick lucía un uniforme tan brillante.

Atravesó el jardín y se acercó a la señora Ten Brook, que se hallaba con Marcia. Después de saludarlas, mientras que Sally se alejaba del brazo del Gran Duque, preguntó:

—¿Quién es esa señora?

—La Noskerova—respondió Marcia.

Carlos, sin cuidar siquiera de despistar, corrió tras ella entre el escándalo de la señora Ten Brook y la sonrisa indulgente de Marcia.



Cuando los dos se quedaron solos...

Cuando alcanzó a la pareja, le dijo al Gran Duque:

—Konick, esta noche hay aquí muchas cosas que no me explico, y estoy ardiendo en deseos de saberlo todo. ¿Quiere usted dejarme un momento a solas con Sally?

—Con mucho gusto.

Cuando los dos se quedaron solos, Carlos pidió explicaciones; se las dio Sally amplias y satisfactorias, y desaparecieron como por

encanto las nubes que se habían formado en la frente del galán.

Pidió ella, a su vez, explicaciones por la forma tan desairada con que Carlos se había despedido la noche anterior, en el "restaurant", y aclarado también este punto, los dos jóvenes, que ya se consideraban novios, a pesar de todos los obstáculos y barreras que los separaban, quedaron los mejores amigos del mundo.

Pero en la sombra del jardín unos ojos vigilantes los acechaban.

La señora Ten Brook decía en aquellos momentos al señor Farrell, el padre de Carlos:

—¿Ha visto usted? ¡Esto es escandaloso, Farrell!

—Pues, si yo creía que nuestros hijos se querían...

—Y se quieren, no lo dude usted... Pero estas mujeres son infernales, y esa Noskerova trata, sin duda, de llegar al corazón de Carlos, a través de su talonario de cheques.

—¿Y cómo podremos impedirlo? Por las malas, lo enredaremos más.

—Déjelo usted a mi cargo... Ahora bailara



...el gran Duque Konich aprovechando la marcialidad...

la Noskerova. En cuanto termine, yo anunciaré los esponsales de Carlos y Marcia.

—Me parece muy bien.

—Así, al verse comprometidos ante la gente, no tendrán más remedio que casarse.

La Noskerova salió a bailar. Unas danzas de su lejano país (supuesto naturalmente), que interpretó con arte exquisito, escuchando grandes y merecidos aplausos. Y cuando el eco de ellos aun no se había extinguido,

la señora Ten Brook ocupó el puesto de la bailarina y anunció:

—Mis queridos amigos... El principal objeto de esta fiesta es anunciar a ustedes que en breve se celebrará el enlace de mi hija Marcía con el joven Carlos Farrell.

Otros aplausos, no tan entusiastas como los prodigados a la danzarina, acogieron las palabras de la dueña de la casa.

Cada una de aquellas palabras fue un dardo que se clavó en el corazón de Sally. Y en aquel momento, para hacerle aún más odiosa su situación, sobrevino el escándalo.

Shendorf acababa de presentarse en la casa, acompañado por la policía; un poco después se introducía en el jardín donde se celebraba la fiesta, y señalando a Sally, gritaba a sus acompañantes:

—¡Esa es! ¡Esa! ¡Préndanla!

Viendo el pastel en peligro de ser descubierto, el Gran Duque Konick, aprovechando la marcialidad de su uniforme, se presentó a los policías y con comedidas razones les hizo saber que el hombre que hasta allí los había llevado debía estar borracho o loco, por cuanto aquella dama respetable era la famosa bailarina rusa Aurea Noskerova, tan cierto como que él en persona era uno de los militares más pudorosos y uno de los más aristócratas de más rancio abolengo del mundo.

Abrumados, los policías trincharon al pobre Shendorf, y se lo llevaron de allí, a pesar de sus protestas.

Pero a Sally no le interesaba ya seguir la farsa. Desde que había oído a la señora Ten Brook anunciar el próximo enlace de sus hijos, ya nada le importaba: ni gloria, ni dinero... ¡nada!

Se acercó a la señora Ten Brook y le dijo:

—Ese hombre tenía razón... Yo no soy la Noskerova.

—Pero el Gran Duque aseguró que lo era usted.

—El Gran Duque quiso protegerme, por caballerosidad, al ver una muchacha indefensa... De todos modos, si quiere usted que baile, a pesar de eso.

—No, muchas gracias. Puede usted retirarse cuando guste.

—Ahora mismo, señora.

Sally había fracasado—o había creído fracasar—en el terreno del amor, pero había triunfado plenamente en el del arte.

La farsa a que se había prestado tuvo para ella resultados brillantísimos, que se tradujeron merced a la publicidad de los periódicos y del público que asistió a la fiesta, en contratos soberbios, que la llevaron, de



Y entonces sí que Sally se sintió feliz.

escalón en escalón, hasta las alturas de Broadway.

Ya era una estrella. Ya había realizado sus sueños... Pero no estaba satisfecha. Le faltaba el amor, en el que nunca había soñado, y que era, sin embargo, ahora, el sueño supremo de su vida.

La noche de su debut en el "Follies", el escenario de más prestigio de Broadway, rodeada de sus antiguos amigos, que la co-

sequiaban y la agasajaban, Sally estaba triste.

Pero su tristeza no duró mucho. Shendert, olvidando antiguos rencores, se presentó en el camerino de la artista. Y no venía solo. Le acompañaba Carlos Farrell.

Hubo las escenas consiguientes de amor y de perdón, y allí mismo, entre las flores dedicadas a su arte y a su belleza, quedó acordado el pacto: Sally abandonaría su carrera artística, tan henchida de promesas, para ser en lo sucesivo la señora Farrell, la esposa del millonario.

Y entonces sí que Sally se sintió feliz; todo lo feliz que una criatura humana puede ser en este valle de lágrimas.

FIN

BIBLIOTECA IRIS



YA ESTÁ A LA VENTA
EL ÉXITO LITERARIO

Expendedurías de Carne Humana

(No apta para señoritas)

Novela inédita de ful-
minante emoción, del
eminente autor

Alfonso Vidal y Planas

100 páginas de texto selecto
Sugestión por todo color
Precio: UNA PESETA

— PEDIDOS A —

BIBLIOTECA FILMS

Apertado de Correos 707. - Barcelona

5

Han sido los éxitos de la Cinematografía

EL DESFILE DEL AMOR (3.ª edición)

BEN-HUR (3.ª edición)

LOS NIBELINGOS (2.ª edic. agotada)

EL SIGNO DEL ZORRO (4.ª edición)

LOS DOS PILLETES (3.ª edición)

Y TODOS HAN SIDO EDITADOS POR

BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Pide hoy mismo el Catálogo General que se remite gratis a
Biblioteca Films Apartado 707 - Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
pago del importe en sellos de correo. Remítan cinco céntimos
líquidos para el certificado. Franqueo gratis.

SOLAMENTE
BIBLIOTECA FILMS

puede ostentar el
Título de la supremacía

96 PÁGINAS DE TEXTO **96**

ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

con los grandes éxitos de esta temporada

Tomos a UNA peseta

EL DESFILE DEL AMOR	M. Chevalier
RIO RITA	Bebe Daniels
RASPUTIN	Gaidarov
EL ARCA DE NOÉ	Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO	Douglas Fairbanks
TRAFALGAR	Coastline Griffith
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES	E. Jannings
EL AMOR Y EL DIABLO	Milana Silla
MENTIRAS DE NIÑA	Brigitte Helm
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge
LA INTRUSA	Gloria Swanson
EL CAPITÁN DE LA GUARDIA	L. La Plante
¡ME PERTENECES!	F. Barini
LA FIERECILLA DOMADA	Mary Douglas

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films. - Apertado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.



DOUGLAS
FAIRBANKS
"GAUCHO"

SOLAMENTE

en
BIBLIOTECA
FILMS

encontrará
sus
creaciones
inmortales

EL SINO DEL ZORRO

(4.ª edición)

32 pts.

DON Q. HIJO DEL ZORRO

(2.ª edición)

54 pts.

E L O GAUCHO

(10.ª edición)

100 pts.

EL PIRATA NEGRO

(13.ª edición)

38 pts.

LA FIERRECILLA DOMADA

UNA peseta

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remite el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.